



ARAUCANÍA
EN 100 PALABRAS



LOS 100 MEJORES CUENTOS DE
LA II VERSIÓN DEL CONCURSO



**ARAUCANÍA EN 100 PALABRAS:
LOS MEJORES 100 CUENTOS
DE LA II VERSIÓN DEL CONCURSO**

© Fundación Plagio
Junio de 2021

Selección y Dirección de Arte | Fundación Plagio

Edición | Vicente Braithwaite

Traducción del mapudungún al castellano | Francisca Cabral

Diseño | www.triangulo.co / Josefa Méndez

Ilustraciones | @nina_pudu y Deltransitoarostica

Portada | Trentren y Caicai, seres mitológicos de la cultura mapuche, ilustrados por Natalia Gurovich

Inscripción n° 2021-A-3389 en el Departamento de Derechos Intelectuales

ISBN: 978-956-9304-42-2

Tiraje: 20.000 ejemplares

www.araucaniaen100palabras.cl

Impreso en Santiago por Aimpresores

DISTRIBUCIÓN GRATUITA · PROHIBIDA SU VENTA

ARAUCANÍA
EN 100 PALABRAS

LOS 100 MEJORES CUENTOS DE
LA II VERSIÓN DEL CONCURSO

Escribir sin caminar por las calles. Inspirarse sin poder mirar ese paisaje, río, playa, cerro, árbol, lago, barrio, edificio o merienda que tanto nos gustan.

La edición 2020 de ARAUCANÍA EN 100 PALABRAS supone una condición inédita. Los entusiastas redactores echaron a volar su creatividad, de seguro, sin poder salir de sus cuatro paredes. Sin repetir sus rutinas diarias rumbo al colegio, al trabajo, a realizar algún trámite de última hora, a la universidad, a la cancha para la pichanga con los amigos, al asado familiar, a la celebración improvisada.

La pandemia, como a casi todo el mundo, los obligó a crear a puerta cerrada, recordando, reviviendo emociones del pasado o imaginando las del futuro. O compartiendo algún capítulo feliz de una enfermedad inesperada y desconocida.

No debe haber sido fácil. Y por lo mismo, desde Empresas CMPC felicitamos a cada uno de los apasionados escritores que dan vida a este volumen.

ARAUCANÍA EN 100 PALABRAS, pese a todo, está con nosotros un nuevo año. Estamos seguros de que lo disfrutarán.

EMPRESAS CMPC

En los cien relatos que reúne este nuevo libro de ARAUCANÍA EN 100 PALABRAS podemos ver cómo vivieron los habitantes de la región este último año tan complejo y particular.

Estos cuentos tienen un valor enorme para nuestra comunidad, porque a través de ellos podemos entender un poco más de la vida de otros y nos permiten, aunque sea por un instante, ponernos en los pies de personas con experiencias distintas a las nuestras.

En esta nueva convocatoria de ARAUCANÍA EN 100 PALABRAS queremos más que nunca invitarlos a crear, a crear en estos tiempos de incertezas y temores, a usar el espacio del concurso como un lugar de libertad creativa, a usar la escritura para desahogarse, para contar lo que han visto, para contarnos lo que están viviendo, para conectarse con otros, para compartir.

Gracias a todos y todas por ser parte de este proyecto y hacerlo crecer cada año a través de sus historias. Esperamos que este libro y sus cuentos sean un respiro a los momentos difíciles que hemos atravesado.

FUNDACIÓN PLAGIO

CMPC Y FUNDACIÓN PLAGIO PRESENTAN

ARAUCANÍA EN 100 PALABRAS

**¡Participa hasta el 27 de agosto de 2021!
en www.araucaniaen100palabras.cl**



**araucanía en
100 palabras**

Weliwen

El silbido del fuego en una nota baja y resoplante parece ser el único sonido sobre el mundo blanco. La nieve ya ha dejado de caer y el páramo se extiende como la tela endurecida sobre la leche caliente. A lo lejos, se asoman los primeros rayos de luz por entre araucarias, el olor a bosque húmedo se empapa de niebla. Las aves miran hacia el cielo, esperando el calor, y el viento tímidamente comienza a aletear sobre mi manta otra vez. La voz rasposa de mi abuelo se escucha junto a la hoguera. Un nuevo amanecer.

ROCÍO HERNÁNDEZ HERNÁNDEZ, 29 años, Temuco.

Amigos de infancia

Hacía tiempo que no veía amigos de infancia. Muchos habrán muerto, otros deben ser tan ancianos como yo y posiblemente no se acuerden de aquellos días de niñez llenos de sueños y ansias de aventuras. El otro día reconocí, aunque viejo, a un amigo de ese entonces. Lo acompañaba una joven y varios niños. Mientras jugaban en el parque, él y yo sentados en un banco recordamos esa edad. Al despedirme, dije: «Despídeme de tu hija y de tus nietos». Muy serio me respondió: «Ellos son mi esposa y mis hijos».

FLORENTINO MORALES CUEVAS, 84 años, Angol.

El santito

El almacén de don Tito era el lugar más interesante que alguien pudiese encontrar cerca de la Plaza de Las Banderas, donde se congregaba toda la fauna del vecindario, desde los destartalados mocosos hasta los vecinos que conocían los chismes de cada uno. Todos eran llamados por una maquinita, que les brindaba la fugaz sonrisa del día. Luces, sonidos y la promesa de un premio hacían de ella un majestuoso espectáculo. Las viejecitas comenzaban poniendo el rosario en la palanca, una vela en el vidrio, y esperaban impacientemente que las monedas cayeran en el vasito de plumavit.

NICOLÁS MUÑOZ MUÑOZ, 27 años, Temuco.

Toque de queda

Corría desesperadamente, mirando cada cierto tiempo, de reojo, hacia atrás. Sudaba ríos, lloraba, casi no podía respirar. Poco a poco se desprendió de su ropa: chaqueta, corbata, camisa. En su mente no había nada más, sólo seguir corriendo, cuadra tras cuadra, como un loco, atravesando la ciudad. Nadie circulaba a esa hora, la noche se cerraba sobre cada rincón donde alcanzara la vista. Al final de la calle debía virar hacia la derecha. No supo qué ocurrió, sólo vio dos luces sobre él. Un portazo seco, el sonido de las botas; casi imperceptible, una risa de burla. Nadie escuchó nada.

HÉCTOR SANHUEZA TOLOZA, 35 años, Purén.

Un gustito

Fue uno de los primeros días luego de que pagaran el diez por ciento. Mi fila iniciaba en la caja registradora y terminaba casi al final del pasillo. Mientras yo acortaba el tiempo leyendo las cajas de leche a mi izquierda, noté cómo una señora se nos desacopló en dirección contraria y se paró sola frente a todo un batallón de cajas de cereal; se dio el tiempo para buscar hasta encontrar la del comercial de la tele, la de los cubitos crujientes rellenos con chocolate, sonrió y dijo: «Ahora sí que se los puedo llevar a mi chiquillo».

MATÍAS TORRES FARIÑA, 29 años, Angol.

Se fue un día

Chamakito se fue un día, ayer se cumplió una semana. La última vez que lo vi se alejaba por un camino de barro moviendo la cola. Aún tengo una foto suya, esa donde sale con postura de «príncipe callejero» recibiendo el solcito de la tarde. ¿Andará por caminos terrestres o caminos celestiales? Ojalá que sea lo primero y que un día vuelva, porque acá lo vamos a recibir. O en una de esas le dio por vivir, como dijo ese gran poeta, «sin timón y en delirio». Como sea, aún le guardamos esa olla donde él comía sobras y Cachupín.

EDUARDO SÁEZ TOI, 27 años, Vilcún.

Túneles

En la plaza de Carahue, si das doce vueltas a las doce de la noche, se abre un portal que te transporta a los túneles que conectan la ciudad bajo tierra, incluso puedes apreciar la gran campana de oro que está escondida bajo la plaza. Dicen que los túneles los hicieron los españoles para escapar de los guerreros mapuche, que quemaron Carahue, la Antigua Imperial, tres veces. Si alguien tiene suerte y entra a los túneles, puede ver hasta las armaduras. María piensa que es todo menos suerte, mientras cruza Carahue por calle Villagrán, nunca más por la plaza.

SOL KAEHELE MELLADO, 29 años, Temuco.

El canal

Mamá lavando en la artesa. Escobilla de triquen, barra de jabón, agua caliente de un tambor, la tabla para escobillar, un acompasado vaivén del brazo, restregar y estrujar. En un canasto de mimbre la ropa se va juntando, camino al canal nos vamos cantando. A enjuagar lo que se estaba lavando. A colgar nos dedicamos, el sol hace su trabajo y aún no terminamos. Queda doblar la ropa y ¡sorpresa nos llevamos! El canal se llevó nuevamente calcetines, dos fundas de cabeceras, calzoncillos y tres churrines. ¿Recuerdas, hermana?

JUANA CARO VENEGAS, 65 años, Villarrica.

Los pajaritos

Unos pajaritos se pusieron en mi árbol, empezaron a cantar. Yo me relajé. Vi que al lado de un pájaro había un bebé pajarito. Me llené de ternura y vi cómo el bebé se cayó del árbol. Lo agarré y me lo quedé, le di comida, le hice una casa, busqué a su mamá y se ubicaron en la casa que les hice.

AMARA ACUÑA QUIDEL, 9 años, Temuco.

Recuerdos de infancia

Una cocina a leña, una tetera para el mate, mi mamá asando pan amasado en el horno, la ventana empañada por el calor de hogar que hay dentro. El frío, el viento, los granizos y la nieve que hay afuera. El perro tirado en la puerta de la casa en un chopino lleno de pelos y pulgas. Mi papá con su manta de Castilla sentado al lado de la cocina tomando mate. La radio encendida con rancheras. Yo picando ajos para hacer un unte con grasa para el pan, un desayuno común antes de salir a camppear.

BELÉN RIFFO VALENZUELA, 19 años, Villarrica.

TOC

Me acerco al lavamanos con la misma intención de hacer un minuto. Debo tomar la muestra al paciente que me espera en el box de aislamiento. Me pongo pechera, mascarilla, escudo, lavo por enésima vez mis manos que ya tienen llagas, me pongo guantes encima de guantes y me lanzo al abismo. Pronto tendré que pasar al Jumbo del Portal a comprar comida. Miraré cada movimiento que hagan cerca y avanzaré por cada pasillo mientras se encuentre vacío. Hoy compraré lechuga, y al fin me atreveré a comerla. Venceré el miedo al virus. ¿O espero un par de meses más?

NATACHA CAMPOS VALENZUELA, 32 años, Temuco.

Santiago Salvador, el poeta

Medía menos de un metro sesenta, cabello gris hasta la cintura. Usaba ropa holgada y sus características gafas gruesas, amarradas al cuello con un pedazo de cáñamo, para cuando no las tuviera puestas. Parecía un mago o un viejo científico sacado de una película *freak*. Un día alguien le preguntó –sólo para escuchar alguna de sus locuras–: «¿Qué es el amor?». Él, muy serio, contestó: «El amor no existe, es una enfermedad psicosomática que conduce a la locura, al crimen, al suicidio. Es una aberración sexual, paranoica, esquizofrénica, sin retorno, eso es el amor». No hubo risas.

HÉCTOR SANHUEZA TOLOZA, 35 años, Purén.

El viaje

PREMIO AL TALENTO MAYOR

Está despuntando la aurora. Hay que iniciar el viaje. Las calles de Trovolhue van quedando atrás y el camino empieza a subir, culebreando, entre los cerros. Después de unas horas se llega a Alto Yupehue. El sol estival quema y se empieza a sentir en el hombro el peso del saco de lona, cargado con libros, cuadernos, lápices y gomas. Pero ya se ha llegado a la cumbre. Desde lo alto se ve el mar y, entre sus brillantes destellos, la Isla Mocha. En unas horas más el profesor llegará a su escuela y la Isla se verá más cerca.

LUIS VISCARRA ASTUDILLO, 72 años, Temuco.

Colores sabrosos

Después de almorzar, mi madre, mi primito y yo nos preparamos para ir al cerro a buscar digüeños. Llevamos tres bolsas y seis garrotes con alambre en la punta para que pesen más. Cuando llegamos al cerro encontramos muchos. Mi mamá tira los garrotes y nosotros recogemos los digüeños. Después de cincuenta minutos regresamos a casa con dos bolsas. En casa lavamos los digüeños, buscamos cilantro de la huerta, sal, aceite y limón. Al comer se ve el blanco y naranja del digüeño y el verde del cilantro. Lo mejor es que esos colores también se sienten en el paladar.

JOSÉ IGNACIO CAYUNAO COLLINAO, 12 años, Padre Las Casas.

Mi ñuke

Con los pies bien empolvados y mi cara toa sucia volvía feliz pa darle a mi ñuke lo cosechao. Me sentaba con ella, tomábamos mate y comíamos tortillas'e rescoldo, catutos con miel o, cuando hacía calor, mote helaíto, y me contaba sus historias de valientes araucanos que lucharon pa defender nuestra tierra. Con mi ñuke nos queríamos tanto. Pero taitita Dios la llevó pal cielo, la llevó, yo sé. De allá me cuida y sigo cosechando pa ella, tomo mate, la escucho, la veo, 'ta aquí, su alma es fuerte, su sangre araucana, por eso vivirá pa siempre.

YAZNA SILVA CHÁVEZ, 46 años, Loncoche.

Obi-Guau Kennobi

Tengo problemas cuando salgo al pueblo: Obi-Guau Kennobi se escapa, sigue la camioneta, salta la reja y pasa entre los alambres de púas. Así que la última vez lo dejé dentro de la casa, pero se comió la comida del gato, mi pan, medio membrillo, sacó el tejido y lo dejó pa botarlo, se comió un pedazo de un libro, se subió arriba de mi cama y desapareció la peineta a la que le tenía terror. Quién sabe qué más encontraré. ¿Qué hago cuando vuelva a salir?

RODRIGO MENDOZA REYDET, 40 años, Pitrufquén.

La cita

Llego a la plaza. Observo. No está. ¿Una banca? Busco. Me siento. Son las seis. Mi pierna se mueve. Nervios. Trato de pensar en algo para calmarme. Recuerdo. El camino fue largo, pero lo disfruté. Casi no alcancé el microbús, pasa cada una hora, corrí. Disfruto. Los sembrados, verdes prados, ovejas, vacas, olor a campo que entra por la ventana, una que otra casa. Entiendo. No vendrá. Me esforcé, cumplí, sabía que estas nuevas tecnologías no son confiables. Me marchó. De pie... ¡espera! ¡Vino! ¡Es linda! Me acerco. Falda negra, larga, cintillo con monedas de plata. Sonríe. Caminamos.

DANIELA MADERO URRUTIA, 34 años, Vilcún.

El tiempo es un lugar

En la ruta de Freire a Villarrica hay un letrado, casi mágico, que señala el camino hacia La Mañana. Nunca he tomado ese rumbo. Me pregunto, curioso: ¿cómo sería pasar una tarde en La Mañana?

JOSÉ LUIS SAIZ VIDALLET, 66 años, Temuco.

Los devotos de San Sebastián

De regreso de la fiesta de San Sebastián, caminaban a la terminal de buses en Villarrica para tomar el último bus a Curarrehue. Los chiquillos pensaron una picardía. En la esquina, gritaron: «¡El bus se nos va!». Don Humberto y su señora apretaron cachete. La señora Nely, chiquita, corría con su falda recta, y con sus taquitos parecía una gallinita. Humberto, hombre grande, corría brutaemente, vestido de huaso con manta y parka. Cuando llegaron, Manuel les dijo: «Ah no, era otro». «Cabros de miéchica», les respondieron. Éstos la pasaron chancho. Luego tomaron el bus, algo enojados y alegres.

DANIELA CEA ROBLEDO, 15 años, Curarrehue.

Mi bisabuela

En mi casa en Santa Julia, mi bisabuela Emelina le contaba a mi tata que, ahí donde ella tenía su casa, un día una mamá fue a lavar su ropa a la orilla de la laguna, y allí había un cuero vivo muy lindo donde ella puso su guagüita. El cuero se enrolló y entró a la laguna. Esa historia contaba mi bisabuelita, se llamaba Emelina, es una historia real.

BENJAMÍN VIELMA SEPÚLVEDA, 7 años, Freire.

El guardián

«¿Qué hace el Pelusa aquí?», dijo don Gabriel cuando divisó, a lo lejos, a su perro tirado en el pasto, mientras él recolectaba, en medio del monte, los colihues que necesitaba para que se afirmaran los porotos y arvejas de su huerta. Se sintió seguro y siguió con su tarea. Cuando ya estaba a punto de partir, se acercó al animal y, temblando, volvió a alejarse. Se dio cuenta de que esa tarde quien lo acompañaba, en realidad, era un puma.

INGRID MONDACA FIGUEROA, 36 años, Curacautín.

Mi primo Juanito

Llegó de Calama mi primo Juanito y hoy, al levantarme, mi mamá me pidió si le podía mostrar el lugar donde vivimos. Yo por supuesto no me negué, lo llevé a recorrer el campo. Había muchas aves comiendo semillas y él me preguntó: «¿Por qué llegan tantos pájaros?». Le respondí que por las mañanas venía un hombre que hacía magia y hacía aparecer pájaros. También me preguntó: «¿Por qué hay tantos árboles?». Le dije que era porque todos los días caen árboles del cielo.

AGUSTINA ROMERO EPUL, 10 años, Nueva Imperial.

La yapa

Recuerdo que un año de esos nos prohibieron salir de casa. La verdad, no fue na tan malo pa mí porque igual antes no salía na mucho, no me daba el tiempo. Entre la cosecha'e papas, recoger los hueítos, hacer las tortillas de rescoldo se me iba la vida, con los niños corriendo por el pasto, mojándose con la manguera, y ese olor a campo que siento apenitas cierro los ojos. Pensé que ese año iba a morir, pero aquí estoy cuarenta años después, en mi ruca, comiendo ulpo, llena de nietos, viviendo la yapa de la vida.

DANIELA MADERO URRUTIA, 34 años, Vilcún.

Lo inevitable

«Cuando la luna cubra el sol, no miren», dijo la machi Juana. «Cuando la quila florezca, guarden comida», advirtió otra vez. Pero nadie le cree a la gente mayor. No les bastó con mirar, también le cantaron al eclipse. Cuando la quila floreció, se burlaron de la machi. Los ratones se devoraron todo, la oscuridad trajo la pandemia y ahora sólo queda llorar. Al finalizar el año, se espera un nuevo eclipse solar. ¿Tú qué harás?

EMILIA RIQUELME SEPÚLVEDA, 6 años, Temuco.



Reunión de pájaros

PRIMER LUGAR

Hubo una gran reunión de pájaros, alguien había incendiado un gallinero. Se presentaron los tiuques; de manera formal acusaron a los treiles del incendio provocar: «Ellos son violentos, nadie se les puede acercar, con sus gritos escandalosos siempre quieren atacar». «Nosotros no fuimos», respondieron, «nos defendemos de invasores, cuidamos nuestros huevos y el lugar en que vivimos». Llegaron unos pollos, encontraron plumas de treiles en el lugar. Las bandurrias se encargaron de juzgar, y con esa única prueba los mandaron a encarcelar. «¡Esto es un montaje!», se escuchó mientras los llevaban, pero no sirvió de nada, la sentencia estaba dada.

LILIANA CONTRERAS NAHUELHUAL, 30 años, Padre Las Casas.



El Cañiño

Cardenio vivía cerca del campo de mis padres. Todos lo conocían como Cañiño, un mocoso travieso que solía molestar a sus vecinos en los campos de Freire. Por eso no me extrañó cuando salió a cortarle el paso a las vacas que me mandaron a arriar una tarde lluviosa. «¡Déjalas pasar, Cañiño!», le grité molesto. Me miró desde lejos y rió para luego desaparecer entre la niebla. «¿El Cañiño?», preguntó mi abuelo con tono burlón cuando me sermonearon por llegar tarde con los animales, «es cierto que tiene cara de duende, Miguel, pero ya deberías saber diferenciarlo de un niño cualquiera».

RICARDO WEGNER BARRIENTOS, 45 años, Temuco.

Aprendizaje forzoso

Después de mucho tiempo con la boca cubierta, en mi pueblo dominamos a la perfección el arte de sonreír con los ojos.

PAULINA SÁNCHEZ OYARCE, 35 años, Loncoche.

Caballitos de colihue

Tranapuenta, 1963. Todos los primos Valenzuela teníamos un caballo. Salíamos a cuidar que los chanchos no se metieran a las siembras del abuelo o de los vecinos. Vigilábamos desde arriba de un boldo y los caballos nos esperaban afirmados en el tronco. Nos comíamos su fruto jugoso que nos chorreaba por la barbilla. Se trazaban mapas en nuestros rostros por la mezcla del jugo, la tierra y el polvo que levantaban las carretas. Cuando tocaba sacar los chanchos de la siembra, galopábamos ágilmente en nuestros caballos que se convertían en temibles garrotes para defender las valiosas papas del campo.

MARÍA FRANCISCA VALENZUELA SEPÚLVEDA, 30 años, Temuco.

El partido de fútbol

Entró desesperado a la cantina, casi corriendo, cuando ya empezaba el partido. Pidió una pilsener y, sin mediar otras palabras, quedó atrapado en la pantalla del televisor en el momento en que los gladiadores entraban a la cancha y la jauría aullaba en la galería. Se apoltronó en la silla, bebió un sorbo, bostezó y alcanzó a mirar cómo por el césped corría el balón. Los vasos, nerviosos, se vaciaban y se llenaban, pero el Guatón Reyes, a los cinco minutos, como gato castrado, yacía desplomado contra la muralla durmiendo a mandíbula suelta con la lengua atrapada entre los dientes.

CARLOS GRAY AGUIRRE, 68 años, Pucón.

El ave que se convirtió en piñón

Érase una vez un grupo de aves que migraban según el clima durante el año. Un día de otoño les llamó la atención posarse en las araucarias de Lonquimay. Les gustó tanto este árbol que se quedaron a anidar aquel otoño. Un día de invierno comenzó a nevar y las aves se congelaron. En primavera, cuando empezó a derretirse la nieve, las aves se descongelaron en sus nidos, formando así una piñata que con el tiempo se abrió, y dentro de ellas nacieron lo que hoy llamamos piñones.

WILLIAMS MUÑOZ LÓPEZ, 10 años, Temuco.

El maqui

En la variada y colorida feria costumbrista de Villarrica había un puesto donde se barajaban productos de la zona. Entre ellos, el maqui brillaba como atractivas perlas negras en el puesto de la señora María Pillan. Así deslumbró los ojos y luego el paladar del político santiaguino cuya presencia tenía por objetivo figurar públicamente. Sin embargo, fue seducido por el aroma y se abalanzó sobre la dulzura del desconocido fruto. Pero su itinerario apresuró su andar; entonces, a medida que avanzaba, sus ennegrecidos e irregulares labios se convirtieron en el centro de las miradas sonrientes.

LIDIA PICHIHUENCHO MILLAÑIR, 33 años, Villarrica.

Corazón de lava

MENCIÓN HONROSA

Dicen que el corazón del volcán tiene el color del caqui maduro que queda en la planta pelada del otoño, de la jaiba cocida y del merkén. Del pechito de loica. De las ramitas nuevas del maqui y la amanita muscaria del bosque. Del ojo intenso del queltehue y la bandurria. Color del ñachi y la frambuesa jugosa. De la pielcita pegada al piñón. Del atardecer que incendia la nieve en la montaña. De la mancha de mora en los labios. Del piure. Del crujiente copihue y las fucsias rojas silvestres. De los pómulos colorados y felices de mi guagüita.

CAROLINA GONZÁLEZ SUHR, 48 años, Temuco.

Liceo Gabriela Mistral

Cuando me cambié de colegio me puse triste, pero después cuando entré al liceo me gustó, era lindo, las profesoras amables, el patio lindo. Pensaba mucho en mis amigos del colegio antiguo, aunque aquí igual hice amigos. El uniforme es genial, el logo me encanta, las asignaturas son geniales. Mi hermana me hizo el horario de las clases online. Me encantan las clases, pero algunas veces me gustaría ver a mis profesoras y profesores. Extraño la cancha, la sala, la biblioteca, el comedor, a mis amigas y amigos, la Priscila, la Valentina y el Benjamín.

JENNIPHER MELIPIL HERNÁNDEZ, 9 años, Temuco.

Las manos de mi madre

La casa vieja tenía una ruinoso cocina de adobe toda embadurnada de un hollín negro, espeso, como una capa de óleo petrificado. En ese caserón mi madre fabricaba el pan y sus manos blancas se confundían con la harina. Con ella aprendí también a fabricar pan, a cocerlo entre las brasas de un caldero de fierro, desde donde salía su pan y el mío, hinchado y caliente, ansiado por todos. Setenta años después vuelvo a fabricar pan en el confinamiento de la pandemia y mi madre vuelve a enseñarme el amasijo desde más allá de las constelaciones.

MIGUEL ROA RIOSECO, 79 años, Angol.

La unión forzada

PREMIO AL TALENTO INFANTIL

Había una vez una ciudad que se llamaba Nueva Imperial. No era una ciudad conocida en el país de Chile. Un día Nueva Imperial se enteró de que querían ponerle carreteras para unir Temuco y Labranza, y dijo que no. Labranza le dijo: «¿Por qué no, si es grandiosa?». Temuco dijo: «No está tan mal, Nueva Imperial». «No, no insistan, los que vivimos acá estamos bien así.» Labranza llamó a Santiago; éste, tan pesado como siempre, le dijo: «¿Por qué me llamas?». Labranza dijo: «¿Puedes convencer a Nueva Imperial?». Santiago vino y sin preguntar los unió con cemento para siempre.

RAFAEL MELILLAN MARINAO, 10 años, Nueva Imperial.

Año covid/año 2070

Decodificando archivo: Plaza de Armas, año covid. Interponiendo imagen en ubicación indicada, año 2070: Sólo hay árboles virtuales que cambian su follaje según el botón que se apriete. No hay césped, ni algodón de azúcar. Segundo archivo: Estación de trenes, año covid. Interponiendo imagen en ubicación indicada, año 2070: No hay trenes, sólo cámaras de teletransporte individuales o grupales. Tercer archivo: Grupo de humanos, año covid. Interponiendo imagen en ubicación indicada, año 2070: No hay humanos, repito, no hay humanos... «¡Despierta! Ya te quedaste dormido sobre el computador, el profesor está pasando lista. ¡Responde o quedarás ausente en la clase!»

EUGENIA ÁLVAREZ GÓMEZ, 56 años, Temuco.

Piñones al pil pil

Cuando los piñones cocidos y pelados se van de parranda, lo hacen en grande: se arrejuntan todos en una sartén sobre el fogón abierto donde la ñaña ahúma el ají y prepara las tortillas al rescoldo. Mientras saltan y conversan sobre el fuego y el humo, se van bendiciendo con merkén y ajo picado, todo remojado en aceite con unas estrellitas de sal de mar. A mi abuelo le gusta acompañarlo con pebre de cochayuyo sobre torrijas de kofke tostadas. «Aquí se juntan mar y montaña, fuego y sal», dice. Yo lo miro y pienso: «¡Este viejo sí que sabe!».

JULIO LÓPEZ FENNER, 60 años, Lautaro.

Eclipse

PREMIO AL MEJOR RELATO DEL FUTURO

Dejaban atrás la ciudad de Nueva Araucanía, subiendo la colina, tomados de la mano. Daban pequeños saltos, debido a la baja gravedad. «Ya, empieza, papá.» Una sombra comenzaba a recortar el azul disco suspendido en el cielo. Llegaron a la cima de la colina. Padre e hija observaron en silencio el pequeño círculo negro, justo en el centro del otro círculo azul más grande. La sombra de la Luna se dibujaba sobre la Tierra. Marzo 10 de 2100. El primer eclipse solar anular desde que la humanidad había abandonado una Tierra moribunda para ir a refugiarse en la Luna.

CARLOS MÉNDEZ DUMESTRE, 51 años, Temuco.

Ilustración de Deltransitoarostica.





Un cuarto de hora

Con suma desdicha, Carmen se arrodilló para recoger los trozos de loza que cayeron debajo de la mesa. Temerosa caminó hacia la cocina para servir otro plato de comida, mientras Juan seguía esperando hambriento en el comedor, masticando un ají verde con rabia, con la misma rabia con que minutos antes había lanzado el desabrido plato de lentejas que le llevó su triste esposa a la mesa. Carmen sólo se retrasó un cuarto de hora en la feria Pinto y sin querer había aliñado el tardío almuerzo con las insípidas lágrimas que rodaron de su golpeada mejilla.

ANA ZÚÑIGA MANQUELAF, 26 años, Temuco.

Deportes extremos

Sentado a la sombra del parrón, recibió a su nieto, que volvía en la bicicross después del entrenamiento; traía casco, rodilleras y completo equipo de seguridad. El abuelo cerró los cansados ojos, sumergiéndose en recuerdos, como de cuando se escapaba del colegio y subía el Ñielol a recorrer senderos, recolectando sabrosos coulles. Después se colgaba en las lianas de un lado a otro como si fuera un monito, y al regreso, para evitar tanta vuelta, se tiraba por «el camino de los locos» y llegaba rodando abajo, todo magullado, pero feliz. Entre sueños pensó: «Esos sí que eran deportes extremos».

JUAN JARA NAVARRETE, 67 años, Angol.

Gran botín

Llevamos muchos días encerrados, ya no nos sacan a pasear, algo les pasa a estos humanos, están encerrados en sus casas. Este patio es muy chico, ya ni pasto le queda, con mi hermano estamos aburridos, queremos correr. Un día nos abrieron la puerta, era de noche y estaba todo vacío, corrimos como locos aprovechando la libertad. Nuestro olfato nos llevó al patio del vecino, escarbamos y encontramos un delicioso botín. Después de comer hasta hartarnos, le llevamos un trozo a nuestro amo, quien se espantó al recibirlo, no sé por qué, si era sólo una mano como la suya.

EMILIO ELGUETA PERALTA, 9 años, Temuco.

Feria Bernedo

Salió de la feria Bernedo y llegó a la feria Pinto. Los gritos de los feriantes lo asustaron un poco. Dobló por Rodríguez y sin entender el sentido del tránsito cruzó la calle. Miró las vitrinas de las tiendas comerciales y del mercado sin mucho interés. Se recostó en los pastos de la Plaza de Armas, le hicieron señas y gestos que no entendió, se puso de pie y siguió su camino. Sintió que lo seguían, hasta que en Bello, casi llegando a Lynch, entre forcejeos, cayó al piso. Cuando despertó, el toro estaba de nuevo en la feria Bernedo.

ROBERTO ARIAS CAROCA, 33 años, Temuco.

Reencuentro

Cuentan que la Negra nació en el sur, que después de décadas de vivir en Santiago regresó. Volvió con las penas de su vida cargadas en su espalda. Ahí fue cuando en su patio la reconoció su tierra y la reclamó. Su llanto era semilla y Negra germinó, quedó atrapada. Sus pies fueron ya raíces, su cuerpo tronco recio, su pelo, sus manos y sus tormentos cobijaron al chucao y cantó en su nueva voz una bandurria. Fue liquen, helecho y copihue. Ahora ya respira. A lo lejos, el Rukapillán bendice su vida.

MÓNICA NEIRA MONTESINOS, 47 años, Villarrica.

Simeón

Cuando los haitianos echaron al último francés de su isla, lo primero que hicieron fue preparar sopa Joumou, aquella sofisticada preparación que como esclavos tenían la obligación de cocinar para sus amos y la prohibición de comer. La llamaron «la sopa de la libertad» y la preparan cada año nuevo como símbolo de su independencia. Hoy Simeón camina entre los puestos de verduras y especias de la feria Pinto buscando los mejores ingredientes para hacerla. Necesita revivir su Haití natal en calle Matta para no sentir tanta nostalgia y para que su hija aprenda de pequeña la palabra libertad.

MAGALY SEPÚLVEDA SALAZAR, 47 años, Temuco.

Amor de micro equivocada

Alcancé a sentarme al final de la 4B cuando comenzó la carrera. Por Rodríguez venía una 6C que podía arrebatarnos los pasajeros hasta el Easy. Íbamos doblando hacia Caupolicán, empatados, cuando me di cuenta que una chiquilla me iba mirando desde la micro enemiga. Vi su sonrisa cómplice de ir en la máquina que se saltó varios rojos para no ceder en la batalla. Pasamos el Sodimac riéndonos de lo rápido que íbamos. Cuando llegamos a Francisco Salazar y mi máquina dobló hacia la UFRO, ella me tiró un besito. No alcancé a reaccionar. Nunca más la volví a ver.

JUAN CARLOS POBLETE GONZÁLEZ, 24 años, Lumaco.

La promesa de Matías

Cuando trabajé en una escuela rural, los demás profesores se burlaban de mi entusiasmo. ¿Pa qué te esfuerzas tanto? No pierdas tu tiempo, estos cabros no tienen futuro, me recordaba el profesor de Matemáticas constantemente al verme tratar que mi octavo se interesara en algo, ¡lo que fuera! Solía fallar, pero seguí intentando. Llegado noviembre sólo asistía la mitad, pues como era época de cosecha, algunos preferían trabajar y ganar plata. El último día volvió Matías con un chocolate y me prometió que el mío sería el único auto al que no le tirarían piedras. Yo ni siquiera tenía auto.

MARÍA FRANCISCA VALENZUELA SEPÚLVEDA, 30 años, Temuco.

Mi gata Botitas

Yo pienso que es una detective, siempre que me escucha comer carne se le paran las orejas, está alerta todo el rato. Viene de Marte. La fuimos a buscar en helicóptero, pero no me acuerdo cómo llegamos. Me tinca que ella manejó y nos dio algo para dormir, porque cuando despertamos encontramos a dos más en la casa. Tiene súper poderes y puede volar, aunque arrasa con todo por el camino. Le encanta disfrutar su nuevo hogar en la Araucanía, calentita con el fuego y fresquita con la nieve. Mi gatita Botitas debe ser detective, y algo quiere averiguar.

MAGÑIL WENU NAIN COLLIPAL, 7 años, Nueva Imperial.

Mediodía en Galvarino

¡Partieron! Poncho Azul toma la delantera y resbala llegando a Caupolicán. Le sucede Cinta Roja. Cinta Roja los esquivo, dobla por Maipú, pero es alcanzado en San Martín. ¡Cinco para las doce, señores! Ahora es el turno de Chascón. Chascón sube por Matta. Lo logra. Parece que lo logra. Toma Lautaro y ¡las doce! Sirenas. Un relámpago, yo lo vi. Dirán que no fue así. Yo lo vi. Disturbios posmanifestación. Yo lo vi. Oye, pásame la cámara, ándate de aquí. En Lautaro con Matta, ahí fue. Allí. El día que apagaron el sol frente a sus ojos.

IGNACIO SOTO CÓRDOVA, 28 años, Angol.

El último kultrún sobre la tierra

Sus antepasados mantuvieron por siglos la práctica medicinal con elementos naturales, que ahora, con un planeta inhabitable para el ser humano, parecían historias fantásticas. Ella emprendía una última búsqueda caminando vestida con el traje antivirus, que la hacía parecer cosmonauta. Le habían dicho que al sur del río Cautín crecía entre los escombros alguna vegetación desconocida, la cual encontró. En su contenedor almacenaba matico, cedrón, michay, boldo, laurel, bailahuén, culén y maqui. Las cápsulas migratorias despegaban desde distintos puntos del mapa hacia las estrellas cuando encontró el canelo; entonces su corazón sonó como el último kultrún sobre la tierra.

GASTÓN SANDOVAL GONZÁLEZ, 48 años, Padre Las Casas.

Oña chela

Aquella negra mañana de julio, el puelche aulló como lobo doblegando las gruesas ramas de los árboles, quebrándolas de cuajo y tirándolas cual plumas al barro. Aquel mismo turbulento amanecer, la ventisca acarrió hojas, casas, coches y viejas desdentadas, entre ellas a oña Chela, quien partió enaguas al cuello, mostrando calzones con piernas, bordados de encajes en tela de saco harinero. A la «ñora» se la llevó el puelche entre techos, gatos, velas y pájaros, arrojándola en parajes tan lejanos que nunca supo dónde cayó su dentadura postiza, menos el lugar donde se encontraba ni los suelos de donde venía.

CARLOS GRAY AGUIRRE, 68 años, Pucón.

Nubes, tranquilícense

Hoy me despierto y oigo al gallo cantar. Me visto, salgo, veo los bellos árboles y siento la brisa correr, escucho la música de las lindas aguas del río y del lago. Contemplo el bello paisaje del volcán Villarrica. Tan tranquilo está el ambiente con el sol iluminando el jardín, y en un dos por tres ¡bum!, ¡trachh! Salen relámpagos y se escuchan truenos de las nubes, se larga a llover y me tengo que entrar a la casa. Y así sigue el resto del día. ¡Por favor, nubes, tranquilícense!

SAMANTA GUERRERO CIFUENTES, 11 años, Villarrica.

Mi hermano y yo

«Ándate pa la casa», le dijo su hermano mayor. «¡No!», respondió enérgico. «¡Ándate ahora!, te estoy avisando.» «Y, ¿qué vas a hacer?, ¿pegarme?» Por un momento ambos recordaron los años de niñez, cuando jugaban a la pelota en Curacautín y peleaban por quién patearía el penal, lo cual generalmente se traducían en golpes y zarrones de niños. Siempre peleaban en casa, era normal siendo hermanos, pero siempre alguien llegaba a separarlos. Pero esta vez era diferente. Ahí estaban, en la esquina de la plaza del Hospital en Temuco. El mayor con su uniforme. El menor con la cacerola.

JESSICA CELIS GARRIDO, 33 años, Temuco.

¡Lay!

PREMIO AL MEJOR RELATO EN MAPUDUNGÚN

«¡Awüngelleaimi Chacha! Kúme eluwngé, fachantü kañpüle amuayu»– pirki ti nguz Papai. «Weche wentru, mallma kona reke amutuan»– pirki. «Ngümakilnge ñuke, ngümakilnge». Fampürrami ñi makuñ, zoy ñi kúme chimpirru tukui. Kizu wiñokintuwlewi. Wallpaimanengerki. Kelü Kollkopiw rayen, tüütüilerki ñi piwke mu. «Umawlen»– pirki ñi rakizuam. «Fütrake weichafe üngümneimu, rafrafkilpe mi trekan Chacha. Witrapürrange püñen, püñenem may püñen. Tiyuw, konpemum antü puwalu inchu. Rokiñuwngé, alütuwi rüpü». Furriru winkul, kelükelüngi alof ¡Ay! ¡Püllelepai, pu karrü püllelepai! Nguz Papai, witratui ñi kona, naülönkoingu. Ka mapu, wenu mapu, nome lafken, kürrüf mu chi amurkingu.

PAULA PILQUINAO COLIÑIR, 32 años, Padre Las Casas.

¡Ha muerto!

«¡Desgraciado seas, hijo! Viste tus mejores galas, hoy emprenderemos un viaje», dijo la Eterna Anciana. «He de irme como un joven y orgulloso hombre», dijo él, «no llores, madre mía, no llores». Se vistió con su manta y eligió su más elegante sombrero. Volteó para mirarse a sí mismo. Una multitud le rodeaba y rojos copihues goteaban de su corazón. «Estoy durmiendo», pensó. «Los valerosos weichafe esperan tu llegada, hijo mío, no arrastres el andar; levántate, hijo mío, mi máspreciado hijo. Allá donde el sol se esconde es donde debemos llegar. Lleva tus alimentos, el camino es largo.» Detrás del cerro se divisaban unas balizas rojas. «¡Ay! ¡Se acercan, los verdes se acercan!» La Eterna Anciana tomó las manos de su amado joven y se dejaron llevar por la muerte. Tal vez se fueron a tierras lejanas, a las tierras de arriba, al otro lado del océano. Quizás se dejaron guiar por el viento.

Mal tiempo

Con largos ochenta años a cuestas, muy cansada llega a la esquina de Manuel Montt y Bulnes. Sin mirar al cielo, ya sabe que pronto lloverá. La lluvia la siente siempre primero en sus huesos. Mientras va colocando sus verduras sobre el piso, siente en su mano la primera gota. Se endereza trabajosamente, mira el negro cielo y se pregunta si ya será tiempo de jubilar.

LORENA CATRIL NAVARRO, 45 años, Temuco.

Algo pal hombro

Partiendo de Temuco, llegaban los trenes a los poblados. Los amigos del barrio iban a recibir a los pasajeros con la frase «Algo pal hombro» para conseguir monedas. ¿Por qué él no hacía lo mismo? Era pequeño, estaba lleno de ilusión. Así que hizo su primer viaje, su primer bolso. ¡Qué pesado! ¡Qué incómodo! Pero las monedas servirían para algún pan, un dulce, quizás un trompo. Luego de atravesar todo el pueblo, llegó a la casa. Sorpresa del corazón humano: la señora le había dado por su servicio ¡una cebolla!

EDGARDO ULLOA BAEZA, 69 años, Pitrufuquén.

El fantasma del general López

Corrían rumores de que el fantasma del general López rondaba por el pueblo para recuperar el respeto que tenía antiguamente, para no ser olvidado por las nuevas generaciones. A partir de las doce de la noche despertaba para cuidar el pueblo que algún día gobernó. Pero una noche se dio cuenta de que no había nadie. Había empezado un toque de queda. Unos carabineros lo vieron y se lo quisieron llevar, pero cuando se acercaron, el fantasma desapareció y no se vio nunca más.

BASTIÁN CALABRANO RUIZ, 14 años, Vilcún.

La caleta

«¿Tienen machas?», pregunté. «Puros locos», contestaron. Me contenté con una sierra, que preparé al horno con un poco de vino blanco. Fui a pasear a la playa con intención de encontrarlo, sólo un pilpilén se posó a mi lado. El cielo se puso negro, pesado. El mar se embraveció y los botes de pescadores apresuraron el retorno a puerto. Un día Carlos salió en su humilde embarcación y nunca regresó. Lo busco siempre en el inmenso y eterno horizonte. Pasan los años, ni un rastro, ni siquiera una madera de doña Esther, su barco.

GUADALUPE CARDINI DE VILLAAMIL, 40 años, Pucón.

La hora 23

Alberto terminó su pega a las 22 horas. Reforzó ventanas y puertas. Cobró y corrió buscando un colectivo. En Aldunate escuchó el desgarrador grito de una mujer. Tres muchachos salieron corriendo. La ayudó a levantarse. Su cabeza sangraba mucho. «No me deje sola», le rogó. Se acercaba el toque de queda. Cogieron un taxi que los llevó al hospital. Se despidió. Corrió en busca de un taxi. La cuca llegó primero. Pasó la noche en la comisaría. En la remota población, la mamá escuchó angustiada al pequeño: «¿A qué hora llega papá con el pan?».

† LUIS BASCOUR HERNÁNDEZ, 50 años, Temuco.

Mate con malicia

Prudencio contaba que en sus tiempos mozos había sido camionero. Muchos viajes hizo entre Puesco y Pucón, allá por los años cincuenta, antes de cambiar de rubro. Pero antes de morir, en un arranque de sinceridad, confesó que jamás había trasladado un tronco. Había sido contrabandista de yerba mate entre Chile y Argentina.

CONSUELO RIQUELME ROSAS, 34 años, Villarrica.

Sin defensa

«Hasta que la muerte los separe», dijo el sacerdote. Y ahora, la muerte está a punto de separarnos. Aguanté varias golpizas tuyas. Por amor, las primeras; por miedo, las siguientes; por los hijos, para que no sufran; por vergüenza; por temor a denunciar; para que no diga nada la gente. Por esta última, agonizo. Sólo falta que deje de respirar, se detendrá el corazón y será el fin. Lo sabrán nuestros hijos, mis padres, los amigos, los vecinos, la gente. Habrá juicio, dirás mentiras de mí, que yo te provocaba, que era mala. Nunca podré defenderme.

NANCY RIQUELME NOVA, 67 años, Victoria.

El Chochi

Mi bisabuela tenía un gato, la más desafortunada de todas las mascotas. Su cola se había quebrado en la punta y sus ojos tenían permanente conjuntivitis por el calor y la ceniza de la cocina a leña. Más de una vez vi a mis tíos defenderlo de adversarios más fuertes y rápidos que él en la pelea. No tenía miedo a nada, su gallardía era admirable. Cuando se enfermó siendo viejo, revivimos cada una de sus andanzas, hasta que cerró sus ojos junto a la cocina a leña. Nunca hubo más gatos en la casa, ni habrá otro como él.

SOFÍA CORONADO ARÉVALO, 13 años, Temuco.

Diyei

MENCIÓN HONROSA

Por no tener un mejor lugar donde ir ni nada mejor que hacer, acepta, y la noche del 23 de febrero del 2020 se encarama en el tren con su MacBook y su tornamesa. No sabe bien qué hora es ni dónde está cuando lo suben a una carreta. Se duerme en un rincón, mecido por el galope. Cuando amanece le pasan pan y un trozo de charqui. Tiene frío y se cubre con un poncho húmedo. Comienza a atardecer cuando alguien le ordena que baje y se apure. Es 24 de febrero de 1881 y van a fundar Temuco.

JULIO PALMA CISTERNAS, 57 años, Melipeuco.

La mentira sin pensar

«¡Hola puh, Cochenán, échame la mentira sin pensar!»
«¡Que'ece calla'ò, eñor, vaiga a ver sus papa' mejor, que es-
tán tapa'e chancho!» Guillermo salió corriendo en direc-
ción a su siembra, animando a sus perros para espantar
los cerdos. Al llegar, se detuvo bruscamente quitándose
la chupalla. Respiró profundo, pasó un descolorido pa-
ñuelo por sus sienes. Se restregó los ojos para observar
mejor las melgas, pero las hileras de papas estaban per-
fectamente en su lugar, sin ninguna muestra de daño. Se
tomó la cabeza, carcajeó largamente diciendo: «¡Ésta es
la mentira sin pensar que me echó Cochenán!».

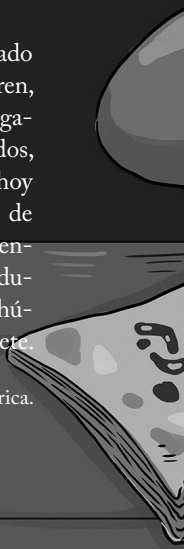
GLORIA LEPILAF ÑONQUE, 52 años, Galvarino.

La última cena

PREMIO AL TALENTO JOVEN

Los mosquitos se relamen mientras como murtas al lado del camino. Estoy a tres murtas de dejar que me devoren, para que zampen de paso mi psique, de un sorbo mis ganas irracionales de mordirme los cueritos de los dedos, y de postre la melancolía con guinda de miedo, que hoy quema mis entrañas. Incluso pueden chupar el plato de momentos cargados e inconformismo. Pero, pienso mientras trago la última murta, dejen el sonido de las bandurrias llamando a la lluvia en mis oídos y el olor a tierra húmeda en mi nariz; la cuenta a pagar por tamaño banquete.

JOSEFINA COLOMA RIVEROS, 17 años, Villarrica.





La tenca ruidosa

Una tenca ruidosa miraba desde una rama a una dama que tostaba, tempranito, piñones en su callana. En la orilla del fogón, divisó una tortilla, que la eñora rescató a prisa, de entre las cenizas. Un quiltro flaco se enrolló junto a los pies de ella, esperando a que le convidara algo; en tanto, una gallina chismosa se asomó a mirar cómo la doña le ponía malicia al mate, porque el frío le calaba los huesos.

SAIDA VILLAGRÁN TORRES, 38 años, Temuco.

Niñoperro

MENCIÓN HONROSA

Niñoperro vivía en la calle. Un día aspiró bencina y, luego de encender un cigarro, conoció el infierno de su rostro al rojo vivo. Niñoperro lucía su quemadura, mientras pasaba penurias bajo la noche de escarcha. A cielo abierto, Niñoperro veía caer la lluvia. Y tal vez fue el frío de ese invierno el que apuró su partida. Nadie llora a Niñoperro, pero hay quienes afirman que un coro de aullidos se escucha en la noche temuquense y que una jauría desatada ladra cada vez que el pisotón depravado del más fuerte intenta tocar a un niño de la calle.

VINKA SALINAS OÑATE, 39 años, Temuco.

Trae agua el tren

Doña Petita vivió toda su vida al lado de la línea férrea. El tren se anunciaba con un pitazo largo cerca de Angol en una vuelta antes de entrar al puente Malleco; pero, en días pesados de niebla y frío, su «cha-ca-cha» se percibía claramente desde la casa. Doña Petita, en la cocina, suspendía un segundo su quehacer y, con la cabeza gacha, decía: «Trae agua el tren». Y, efectivamente, al rato, llovía.

MISAELA FIGUEROA MELO, 76 años, Angol.

¡Ahí va el wacho Marcial!

Ahí va el wacho Marcial, Cholchol abajo por la ribera, mezclilla azul, arremangada en desnivel, alpargata en el tono con planta de cáñamo, morral, y al hombro, garrocha con canastillo. Silbando va el wacho Marcial, de vuelta, con cuatro salmones en su morral, sonrío y piensa: «Dos son para el Carmelo, que lleva dos meses cesante y tiene seis chiquillos». Ahí va el wacho Marcial sencillo y generoso. Así es el wacho Marcial, y el Cholchol lo sabe.

FERNANDO DEL CARMEN PEÑA MILLAR, 80 años, Toltén.

Permiso temporal

Día de compra en el supermercado. En la fila ve a un excompañero del colegio. Lo reconoce por cómo se para, como si le pesaran los hombros. Aunque no eran amigos, ella le sonrío de la manera en que sonrío ahora, tratando de arrugar los ojos para que se note que está sonriendo. Él se arruga de vuelta; se le vienen los años encima. Por estos días da gusto ver ojos conocidos. Mientras espera, piensa si realmente necesita tanto jabón e intenta controlar un repentino impulso de pasarse las manos por el pelo, restregarse un ojo, tocarse la mascarilla.

CARLA TOLEDO ACUÑA, 28 años, Temuco.

Los tres castaños

«A 200 pesos el tarrito de pintura. Pero tiene que estar lleno de castañas, llenito, y de puras castañas buenas, las flacas no sirven.» «Ya, welita.» Un tac metálico tras otro, tac, tac, tac. «Listo, welita.» «Ya, mi chiquilla, lleno este tarro y nos vamos para la casa. Mañana volvemos a los tres castaños.» Ambas se miraron y comenzaron a caminar, mientras los erizos se abrían como flores, y de dentro un fruto destinado a nacer en el norte templado daba de comer a una familia entera al sur del mundo.

LINA FRIZ FRITZ, 25 años, Gorbea.

Komikan

El desgarrador balido del cordero alertó la situación. Bastó con verle la cola entre los canelos para que aquel anciano con su bastón de colihue corriera a soltar a los perros, todos grandes e imponentes; transmitían cierto salvajismo que él controlaba a varillazos. Abrió las puertas y comenzó la cacería. Ya al anoecer los vio volver, se rascaba las pocas pelusas de pelo que le quedaban. ¿Qué tan recia debió ser aquella bestia hambrienta que bajó del cerro, para que sólo volvieran tres de los doce perros? Rezó cada noche. Ya no le quedaban piezas para ganar la próxima vez.

FELIPE LAZCANO RETAMAL, 24 años, Gorbea.

El viaje de un piñonero

Hace tiempo un piñonero salió de casa como habitualmente lo hacía para ir al cerro y recolectar piñones. Se dice que ese día fue muy a lo profundo del cerro y de tanto andar se le hizo de noche. Encontró una entrada parecida a un túnel, descubriendo un buen y bonito lugar para pasar la noche, sin saber que aquel lugar era donde respiraba el volcán Lanín. Nunca más lo volvieron a ver, ya que se dice que el volcán lo tragó y lo hizo parte de él. Pero cuentan que cuando el volcán despierta aún lo escuchan trabajar.

JENIFFER LONCOPAN CALFUEQUE, 16 años, Curarrehue.

Profesionales

Aquella mañana de septiembre del 2020, al amanecer, las bandurrias de la UFRO se reunieron frente a la biblioteca. Los humanos habían desaparecido hacía siete meses y los comentarios no cesaban. «Escuché que están enfermos», dijo una. «Están enjaulados», dijo otra. «Le llaman cuarentena.» «¡Que importa!», exclama la más joven, «es nuestra oportunidad de tomarnos el campus y asegurar nuestro futuro profesional. Yo, por ejemplo, estoy haciendo un doctorado en bioquímica». Algunas mostraron su asombro y otras, más escépticas, aseguraron que usar el papel de los libros para hacer un nido no es exactamente hacer un doctorado.

GABRIELA HERRERA CONTRERAS, 22 años, Temuco.

Santiago Salvador Gavilán: Inventor de la pila y de la avioneta, y fugitivo de la NASA

Allá por el 68 construí mi más ambiciosa creación. Mi sueño era volar «la escafandra alada», y no, como otros dijeron, llamar la atención de la gente, menos de esos cahuineros en la calle que hacen juicio del prójimo arqueando el rostro. Me elevé por dos minutos sobre la azotea del edificio Plaza, vi la ciudad como nunca nadie la vio y descendí veloz como un tiuque. Por mandato supremo un funcionario del edificio me quitó mi invento. Ciertamente no me preocupó porque tenía otros, como el trompo a control remoto, el pincher blanco o el volan-tín sin hilo.

FRANCISCO TROMBERT RAMÍREZ, 37 años, Temuco.

Epu wargka epu mari txipantu mew

Awem!, rayi ti rügi, ¿chem zugu chi küpaley? Re femechi müten rayikelay tüfa, pirkey ga kiñe zomo. Kuyfi ka femi ga, rume wezake zugu txipay feychi mew, ka fey pi kiñe wentxu. Fey kiñe pinza müpüyawlu inaltu mawiza mew feypi: afmatulayaymün ka, zew kimnieymün chem zugu küpay, müley tamün pepikawal müten, tamün yafüal. Gillatuaymün, lukutuaymün may. Itxofill mogen zew pegeleiñmew, zew zuguy, welu kiñeke che feyentukelay. Welu chumgeafuy kay, fanten mew ta kagelu rakizuam konküley taiñ pu che. Ketxoleiñ tati, mapuzuguwekelay ta che, gillatuwekelay ta che. Fey mew rume kütanküleymün, pewmagen konkilpe ti weza kutxan kulliñ mew, femle kümelafuy tati.

ÁLVARO MARIANO JOFRÉ, 34 años, Temuco.

En el año 2020

¡Oh! Floreció el colihue, ¿qué catástrofe vendrá? «No florece por sí solo», dicen que dijo una mujer. «Hace mucho tiempo también sucedió. En ese entonces muchas cosas sucedieron y acontecimientos malos», señaló también un hombre. Y un picaflor que volaba a orillas de un monte dijo: «No se van a asombrar, ya saben qué acontecimiento se acerca, se deben preparar, ser fuertes. Deben hacer una plegaria, arrodillarse». La biodiversidad ya nos ha mostrado todo, ya habló, aunque algunas personas aún no creen. Pero qué se puede hacer, otros pensamientos e ideologías han invadido a nuestras gentes, nos hemos quedado mudos, ya la gente no habla la lengua mapuche, no realiza plegarias. Por esa razón nos enfermamos. Espero que los animales no se contagien de esta nueva enfermedad, no sería bueno que eso sucediera.

Nessie

Él disfrutaba nadar en el lago Villarrica. Sus aguas eran menos frías y oscuras que las de Escocia. De vez en cuando emergía su largo cuello para admirar el volcán (en su tierra natal no había ninguno). Con sus aletas delanteras saludaba a las bandurrias y los queltehues, quienes respondían con su característico canto. A pesar de ser un reptil de casi quince metros de largo, era un hermoso animal y no merecía ser llamado «monstruo». De repente sintió que se estaba cayendo. Se despertó en las profundidades del lago Ness, después de su siesta.

BRENNO ESTEVES QUADROS, 33 años, Pucón.

El juego

Era verano en Temuco y el calor se sentía como en el mismo infierno. Empezó tirando los dados, luego colocando las cartas, hasta que me ganó. Entonces yo le dije: «Doble o nada». Él aceptó. En unos minutos me fue ganando, mientras mostraba su verdadera forma. Empezó mostrando la cola, luego los cuernos y las uñas afiladas, hasta que definitivamente me ganó, y entonces empezó a meterse en mi cuerpo mientras me decía con una voz tétrica: «Esto es lo que obtienes cuando deseas demasiado poder». Luego lo vi todo negro.

JULIO BUCAREY PARDO, 14 años, Padre Las Casas.

El circo

Freire, 2010. Llegamos a la función de las 16 horas. Éramos la única familia. Un tanto nerviosos, nos sentamos en la galería. Se inició el espectáculo. El presentador nos daba constantemente las gracias, los payasos buscaban a mis niños para participar, aparecían en escena trapecistas, malabaristas, magos, sumado a los vendedores de palomitas, manzanas confitadas, narices, pelucas, globos, fotos, etcétera. Compramos todo lo que nos ofrecían, sentíamos que debíamos compensar tan magno show sólo para nosotros. Al salir llevábamos tantas cosas, mi esposo con peluca y nariz de payaso incluida, que la gente nos preguntaba el valor de la entrada.

YANNETTE MELLA VEGA, 48 años, Freire.

Lluvia de primavera

Un café acompaña mi picoteo de digüeñes, mientras miro por la ventana. Los pájaros cantan bajo la lluvia, celebrando quién sabe qué. Me acomodo la ropa, escuchando crujir la leña en la combustión lenta. Mi mamá, friolenta, me abraza antes de salir, siempre asustada de que me pase algo, de que no regrese, de que quede atrapada en el lugar equivocado en el momento equivocado, de que me agarre alguien. Lo más emocionante que va a pasar hoy es que se me mojarán los libros con la lluvia primaveral, pienso, mientras me alejo por la calle este 18 de octubre.

SOFÍA AGUILERA RODRÍGUEZ, 17 años, Temuco.

Identidad

Entré al colegio. Era el primer día de clases. Llegué tarde. Se estaban poniendo de pie y decían sus nombres. «Hola, soy Alonso Paredes.» «¡Hola! Soy Camila Bächler.» Al rato, llegó mi turno. «Hola», dije tímidamente y cabizbajo, «Soy Antonio». «¿Antonio cuánto?», me preguntó Camila. «Manquiñir», dije, avergonzado. En ese instante recordé a mi kuku, fue como un flashback: «Weñi, usted nunca se sienta inferior por ser mapuche. ¡Al contrario! Tómelo como un privilegio que no to' tienen». De vuelta a la realidad, orgullosamente confirmé: «Sí, Antonio Manquiñir».

ABDIEL MARDONES CAMPOS, 14 años, Lautaro.

Doña Celia

Doña Celia llevaba en su cabeza un pañuelo blanco y empujaba una carreta de madera con dos ruedas de «palo» que le había construido su hijo, «el tripas de lata». Tenía alrededor de setenta u ochenta años y su piel morena y arrugada contrastaba con sus ojos verdosos, herencia de un suizo que se había emparejado con su madre, doña Sayen Millalen, después del naufragio del Flamsteed en la desembocadura del río Imperial. El rigor canicular y el cansancio le exigió su último esfuerzo para llegar a la sombra del árbol donde instalaba su venta de mote con huesillos.

NELSON VENEGAS ZAPATA, 75 años, Temuco.

La llegada del cochayuyo

«¡Cochayuyo!», gritaba el guía de las grandes bestias. Perdrito no estaba seguro qué eran, pero sabía que venían de donde el sol duerme, en lejanas aguas, donde recolectaban los bigotes de una gran serpiente y los cargaban en carretas de madera. Creía haber escuchado que para llegar a la gran ciudad tenían que pasar por una escalera de tres peldaños hecha por gigantes, aunque no estaba seguro si eso era antes o después de atravesar la tierra de los colores. Le habría gustado aclarar sus dudas con unas buenas preguntas, pero el cielo ya estaba gris. Se aproximaba la lluvia.

LUIS MELO BARAHONA, 24 años, Nueva Imperial.

Promesa

No más de nueve años (a simple vista), moreno y delgado, con una apariencia atlética atípica para su corta edad. Su primer movimiento: una rueda perfecta hacia el lado derecho que repitió pulcramente hacia el izquierdo. Luego ejecutó una serie de saltos combinados con una técnica impecable, incluyendo mortales hacia adelante y hacia atrás. Una rutina de altísimo nivel que concluyó sonriendo, y estirando su pequeño brazo entre los vehículos en el semáforo de Hochstetter con avenida Alemania. Juntó trescientos cuarenta pesos.

IGNACIO URRUTIA TAPIA, 33 años, Temuco.

Cuestión de educación

Los presentes se miraron de reojo y pudo percibirse una ligera tensión en el ambiente. Esa sensación de que todos piensan lo mismo pero nadie sabe quién tomará la iniciativa. Duró apenas un instante, hasta que ayudándose de su bastón subió el último escalón del bus y en un solo movimiento todos se pusieron de pie.

PAULINA SÁNCHEZ OYARCE, 35 años, Loncoche.

La lucha del lonko Panguilef

Mi abuelo y lonko, José Denécimo Panguilef Painequir, venía un día luego de ver unas vaquillas cerca de Puala Bajo. En eso cruzó en una zona que para él era pesada, porque había mucha energía. Allí se encontró con Remi, un brujo que lo adormeció en el acto, cayendo así en un profundo trance del espíritu de aquel ser. Como lonko se defendió en ese estado; habló en mapuzungún, en castellano, también en idiomas extraños que sólo el curita que fue a darle la bendición cuando lo encontraron pudo señalar que eran latín y hasta hebreo.

JAVIERA QUINTUMÁN PANGUILEF, 17 años, Curarrehue.

Amor viral

Se conocieron con mascarilla al final de Pablo Neruda. Ella enviando una encomienda, él iba en busca de una. No fue nada fácil, no se entendían. Mascarilla, escudo facial, distancia social. Ella un poco deprimida por el encierro, él un poco ya sin vida por el desempleo. Se miraban y reían. Caminaron hacia el estadio, mirando esculturas de madera. Ella quedó en Santa Teresa, él siguió a Pedro de Valdivia.

CÉSAR LIRA IBARRA, 44 años, Temuco.

Pandemia

Comenzamos a desconectarnos durante la segunda cuarentena. Mi papá, desempleado, y siempre con dificultades para experimentar la realidad, terminó creando, con el 10%, su mundo ideal: un pequeño, pero avanzado estudio de grabación donde cantaba hasta el amanecer. Mi mamá germinó castaños, paltos y verduras suficientes para llenar hectáreas y las plantó en nuestro humilde patio de 2 por 7. La perdimos durante el verano entre tomates y zapallos. Yo comencé a escribir todo tipo de cuentos y microcuentos, y lentamente mi dormitorio se fue llenando de ellos hasta que no quedó espacio alguno sin la historia de alguien.

MAGALY SEPÚLVEDA SALAZAR, 47 años, Temuco.

El fogón

Recuerdo de mi niñez, cuando en una casona de campo, junto al fogón, escuchábamos cuentos de nuestro hortelano Juan Toy. Mientras en el rescoldo se asaban castañas, papas o choclos, desfilaban historias de Pedro Urdemales, pactos con el Diablo, entierros o aparecidos; todo ello era parte del bagaje de cuentos memorizados por Juan Toy durante su peregrinar por las regiones y caminos de Chile desempeñando toda clase de oficios para ganarse el sustento. El tiempo pasa, esas noches junto al fogón se graban en nuestras mentes, y este hortelano pasa a ser parte de nuestras vidas y nuestra historia.

RAÚL FÉTIS SABELLE, 80 años, Temuco.

Juegos mecánicos

Se corría la voz en Pitrufrquén de que habían llegado juegos mecánicos. Yo y mi primo estábamos tan emocionados de poder ir, porque yo nunca había ido. Mi primo decía que era bacán. Fuimos a mirar y estaban todos ahí, aunque desarmados. El dueño dijo que en mayo abrirían. Conté los días para poder subirme a los juegos, sobre todo a la rueda de la fortuna. Pero los días empezaron a ser semanas y luego meses. Hoy casi acabando el año 2020 aún no he podido subirme a ninguno. Están desarmados. Espero subirme el próximo año.

BENJAMÍN OSSES SANHUEZA, 8 años, Pitrufrquén.

Mercado Modelo

Al finalizar las clases, caminábamos con mis compañeros en dirección al kiosquito que vendía papas fritas. Comprábamos tres porciones de cien con mucha mostaza, las comíamos lentamente para hacerlas durar hasta llegar al Mercado Municipal de Temuco. Nos sentábamos en la pileta, nos lavábamos las manos y la cara para quitarnos el aceite y los restos de mostaza. Para ganar tiempo, corríamos tocando las puertas de las casas para llegar a la hora a las nuestras.

SEBASTIÁN SILVA AZÓCAR, 32 años, Temuco.

Piñoneros

En el día hubo sol, recogieron piñones, jugaron, hasta hablaron con los gringos. Ya de noche jugaron al par y none, contaron los satélites que surcaban el cielo azul de la cordillera de los Andes. La comida, piñones cocidos, no había variado en la semana, pero siempre estaba agradecido. Al abrir los ojos vio que las quilas tocaban la cama, de un salto se incorporó a mirar para fuera. La nieve se había apoderado del paisaje, ya había terminado la temporada de piñones. Mientras avanzaba hacia el camino, la nieve destrozaba sus zapatos, sus pies y sus ganas de volver.

MISAEEL ORMEÑO SÁEZ, 46 años, Melipeuco.

Canción otoñal

Los copos de nieve caen gráciles, finos y lentos con sus miles de naves estelares. Salen los niños, en su algarabía, a jugar en la pequeña plaza del barrio. Los balines de espuma chocan en las bufandas y orejeras, mientras se deslizan por sus forrados abrigos. Otros grupos se dedican a crear las usuales figuras de nieve y zanahoria, donde niños y padres muestran edades indefinidas. El anciano, desde un aislado rincón del pequeño parque, los ve desde abajo de su casa de cartón, mientras le resbalan alegres gotas de nieve salada.

MARIO VALENZUELA ROJAS, 66 años, Cholchol.

Antu y Kuyén

Danzan en el cielo Antu y Kuyén. Sale Antu por el este y amanece, se pone al oeste y ocurre el atardecer. En ese momento aparece Kuyén buscando a Antu, pues ambos son esposos. En un ciclo interminable se intentan encontrar. Por eso Antu y Kuyén lloran, y de ahí que sus lágrimas se conviertan en oro y plata, metales preciosos, preciosos como sus almas, que, con tristeza y sollozo, con su llanto afligido, maldicen su destino aciago de nunca poder encontrarse como amantes. Así el sol y la luna salen de día y noche.

MARCOS ANDRÉS BARROS KETTERER, 32 años, Temuco.

Pronóstico de lluvia

«Va a llover», dice mi mamá. Mientras, de lejos, se oye el pregón: «¡Cooochayuyos! ¡Cooochayuyos!».

INGRID MONDACA FIGUEROA, 36 años, Curacautín.

Pa allá, pa lejos

Pa allá pal campo, entremedio de los bosques, gancho, chiuta que es lindo pue, los salto de agua, las montañas neaitas. Amanece blanquito, oiga, harto frío hace eso sí, pero me mando mi paletó, mis piernerás, mi chupalla, me tomo unos mates con unas tortillas de rescoldo y salgo a darle silo a las vacas. Aquí llueva, truene o relampaguee trajamos igual nomás, oiga. Mi perro fiel siempre me acompaña, ese no me deja solo, ahí sí que tengo un buen compañero, más que la gente del pueblo esa, que está al lao de tanta gente y sigue sola.

BELÉN RIFFO VALENZUELA, 19 años, Villarrica.

Historia de cómo llegué a la vida

En los años noventa no había internet ni Tinder, así que, si alguien quería buscar el amor en otro lugar que no fuera su pueblo, tenía que atreverse y enviar una carta a una radio regional. Había que poner el nombre, edad, características físicas y la casilla de correo para que alguien interesado respondiera. Era el año 1994 cuando él envió sus datos desde Pucón y ella estaba escuchando la radio en Lumaco. Se enviaron cartas por varios meses, hasta con perfume impregnado en el papel. Al final se casaron. Y yo nací en marzo de 1996.

JUAN CARLOS POBLETE GONZÁLEZ, 24 años, Lumaco.

El parte

Yo no estaba haciendo nada malo ahí en Saturnino Epu-lef, al lado de la carnicería. Le dije con respeto: «Mi cabo, no me saque un parte, que ese parte me parte en dos partes. Yo sólo vengo a vender mi parte. Dejé parte del autito en la franjita amarilla, pero sólo una parte. Partamos diciendo que el auto no parte. Usted por su parte no lo sabía. Y ahora me saca un parte. No me voy a ninguna parte. ¿Lo vio? No me parte».

SIMÓN VILLALOBOS GONZÁLEZ, 33 años, Villarrica.

Feria Pinto

El olor a sopaipillas que hace crujir mi estómago se confunde con el aroma a potrero enmohecido y caca de caballo que viene de los carretones. Hay una armonía en el ambiente, bullicio de locomoción colectiva, vendedores cantando su mercancía, el público que pasa conversando a paso ligero. Mis ojos observan un cuadro impresionista con los colores que estallan en verduras, legumbres, especias. Entre las frutas, unas manzanas se pusieron coloradas por el piropo que un carretonero le dirigió a una muchacha, y en la vereda, la papai cuenta alegre las monedas que dejó la venta de hortalizas.

GASTÓN SANDOVAL GONZÁLEZ, 48 años, Padre Las Casas.

Rukapillán

Le pusieron el gorro y se largó a llover.

FERNANDA DÍAZ ISLA, 25 años, Villarrica.

Nostalgia

Mi perro fue tres días el rey de las redes sociales: «¡Urgente rescate!». Mi amigo Pajarón sacó la camioneta, recorrimos Pedro de Valdivia hasta que dimos con él y lo trajimos a casa. Ahora ya no tiene parásitos, heridas, ni hambre, y aunque tiene su propio arnés pituco, sus juguetes y va a la peluquería, siempre, siempre mira con nostalgia la calle.

MARÍA JOSÉ ARROYO CASTILLO, 14 años, Temuco.

CMPC Y FUNDACIÓN PLAGIO PRESENTAN

ARAUCANÍA EN 100 PALABRAS

¡Participa en la nueva versión del concurso
hasta el 27 de agosto de 2021!
en www.araucaniaen100palabras.cl



PRESENTAN



COLABORA



MEDIA PARTNERS

